

ÁNFORA, Unas Reflexiones



DR. AURELIO CARVALLO V.

Ánfora, palabra hermosa de sonido alegre y agradable y que se ha señalado también que genera un cierto misterio; viene del latín *amphora* y, a su vez ésta del griego: *amphoreus*. Es un recipiente, un jarro hermoso con dos asas y un largo cuello estrecho. Griegos y romanos transportaban y guardaban diferentes productos que deseaban conservar en hermosas ánforas, producto de las manos del alfarero. En su etimología significa llevar por ambos lados; haciendo una abstracción, junto con guardar y transportar, es estar abierto a diferentes y amplias posibilidades, al pluralismo, a no cerrarse a ninguna opción.

Es reabrir, reiniciar una sección de nuestra revista que estuvo presente en los inicios de ésta, pero que probablemente por las características de nuestra vida, que se va orientando sólo a lo más científico, técnico y evidente, fue quedando vacía y olvidada. Ahora queremos reabrir, para guardar y trasladar hacia cada uno de quienes la leen mucho de lo humano que hay o que debe haber en el médico y la Medicina. Señala Edmund Pellegrino: “La medicina es la más humana de las artes, la más artística de las ciencias y la más científica de las humanidades”.

En una interesante publicación en *Ars Médica* (Vol. 2, N° 2) la Dra. Rosa Walker hace un análisis del desarrollo de la capacidad empática a través de las humanidades. Señala que “la empatía puede ayudar al médico a imaginar y finalmente comprender lo que el paciente está sintiendo, sin convertirse él en paciente y, de esta forma, sentir mejor todo aquello que nos es común a todos los seres humanos”. Destaca la importancia de la literatura para potenciar la habilidad empática. Cita a Rita Charon, médica, profesora de Medicina, fundadora y directora del programa de Medicina Narrativa de la Universidad de Columbia, quien señala: “Sólo aquellos médicos que hayan desarrollado su competencia narrativa podrán reconocer los deseos y motivaciones de sus pacientes, les dejarán contar la historia de sus dolencias hasta el final y podrán ofrecerse a sí mismos como instrumentos

de curación. Sólo con competencia narrativa podrá un médico brindar una atención médica empática”.

Derivado de la experiencia de la Dra. Charon, se proponen tres grandes formas de mejorar la competencia narrativa: *escribir*, por ejemplo, historias desde la perspectiva de los pacientes o acontecimientos difíciles en nuestra práctica clínica; *leer*, que es mucho más accesible para todo el mundo, que permite a través de la imaginación reforzar la capacidad empática al recorrer la experiencia de otros, entrenarse en entrar en otros mundos y encontrar sentido dentro de ellos, para poder encontrar una luz en medio de vidas caóticas llenas de pérdidas y sin sentido; leer aumenta la tolerancia a la incertidumbre, aumenta nuestros recursos y nuestro valor y nos ayuda a escuchar las historias hasta el final: Finalmente, y en tercer lugar, *reflexionar sobre cómo el dolor ha afectado nuestras propias vidas*.

La Reumatología es una especialidad derivada de la Medicina Interna, pero íntimamente ligada a ésta. Es una especialidad en que la relación médico-paciente es rica y estrecha; en que la clínica y la aproximación al paciente a través de ésta son muy importantes y en que, junto con entender la enfermedad, es primordial comprender al paciente; en que junto con entender el dolor, es fundamental comprender el sufrimiento. De ahí que es importante desarrollar la capacidad empática e introducirse en las humanidades, lo que permitirá una mejor relación con el otro y, más aún, con el otro que demanda nuestra ayuda y, como se ha señalado, “hacer trabajar nuestros dos hemisferios”.

“El ser humano pertenece al mundo animal y entre ellos hay ciento noventa y tres especies vivientes de simios y monos. Ciento noventa y dos de ellas están cubiertas de pelo. La excepción la constituye un mono desnudo que se ha puesto a sí mismo el nombre de *Homo sapiens*”. De este modo inicia Desmond Morris su hermoso libro *El Mono Desnudo*. Sin embargo, este mono curioso y parlanchín, como lo califica Morris, y orgulloso de poseer el mayor cerebro de todos los

primates, continúa inmerso en este mundo animal y convive, se ayuda, se encariña, enseña, aunque no pocas veces maltrata a quienes le acompañan. Uno de los animales que habiéndolo precedido en su aparición sobre la tierra por varios millones de años, más le han servido y más cerca de él han estado, es el caballo. Surge la pregunta de por qué hacer, en estas reflexiones, un viraje hacia ese lado. Tal vez porque dentro de los pocos hechos destacados que han elevado a nuestro país a nivel mundial aparece la historia de un hombre y un caballo. Somos conocidos por grandes figuras, como Pablo Neruda, Gabriela Mistral, Claudio Arrau, Violeta Parra, insuperables cada uno en su campo. Pero también un hombre y un caballo en una hermosa simbiosis hicieron historia. Señala Hans-Heinrich Lisembart, destacado periodista y escritor alemán, que “un hombre a caballo

es un lazo doble, dos corazones, un solo pensamiento” y más aún si van a enfrentar un gran desafío. “El animal dueño de sus facultades, ágil, fiero, libre, unido al ser humano y formando con él una única unidad...”

Hace 64 años, el 5 de febrero de 1949, Alberto Larraguibel junto a *Huaso* establecieron un récord mundial de salto ecuestre que no ha sido superado. El Dr. Eduardo Bastías Guzmán, destacado cardiólogo, viñamarino de corazón, humanista, escritor y artista innato, académico y jefe de la carrera de Medicina de la Universidad Andrés Bello de Viña del Mar, nos relata con gran ingenio, delicadeza y en una conjunción de ficción y realidad, ese momento vivido por...el caballo *Huaso*. Es un relato hermoso y emotivo; es el mejor modo de comenzar a llenar esta ánfora y transportar a través de ella lo humano que hay en el hombre y su entorno.

ÁNFORA, El Gran Salto

EDUARDO BASTÍAS GUZMÁN



Junto a los primeros asomos del sol, don Alberto vino a saludarme.

– Hola, *Huaso* – me dijo– , ¿cómo dormiste?

Alcé mis orejas y le respondí con ojos alegres.

– Hoy es el gran día –agregó, pasando revista lentamente a todo mi cuerpo, desde la tusa hasta los cascotes de mis patas.

Agité mi cabeza, varias veces, con vigor, como hago cada vez que su mano paternal se extiende por mi pelaje.

– Sí, compañero, lo vamos a lograr, porque nos propusimos y somos capaces de alcanzarlo.

Me palmoteó en el anca y yo le respondí con un giro alegre de mi cabeza. Don Alberto volvió a pasar su mano por mi pescuezo, peinando mis crines mulatas, de tono claro, y ambos participamos del cariño de quienes, además de compartir afecto, se admiran mutuamente.

Como hombre de pocas palabras, se alejó, despidiéndose con su mirada íntegra y resuelta. En la salida se cruzó con el ayudante encargado de mi cuidado, quien dejó de silbar para ir a saludarme:

– ¿Cómo amaneció mi huacho? –me dijo.

Volví a responder alzando y bajando mi cabeza, casi con un relincho.

– Vamos, huachito –agregó–, hoy tienes que estar bien comido y bien presentado.

El muchacho llenó el recipiente con avena, cambió el contenido del balde por agua fresca y comenzó a cepillar mi pelo.

La llegada de un día tan especial me trajo el recuerdo de mi infancia en el *Haras La Mañana*. Mis padres, a quienes casi no conocí, fueron Harry Lee y Trémula, ambos fina sangre ingleses. Cuentan que, al nacer, llamó la atención al partero que en mi frente tuviese una estrella blanca.

– Mire, señor. Este potrillo nació con una estrella en la frente. Es buen signo, debe estar destinado para algo bueno –sentenció el viejo.

El veterinario, que llegó en los momentos del presagio, sonrió y agregó:

– No sería raro que sea un triunfador. Es un fina sangre, se ve sanito y, para ser tan nuevo, tiene las patas firmes.

– Le pondremos *Faithfull* –dijo mi patrón, que me observaba con atención.

A la mirada interrogante de los demás, agregó:

– Ese nombre significa *fiel...* y ya ven que ha comenzado a ganarse nuestra confianza.

Todos pensaban que sería un buen corredor. Me vendieron en una fuerte suma al *Stud Los Chongos*, donde continuó mi formación para las carreras, aunque yo sabía que estaban equivocados.

No tenía aptitudes para correr. Mis ansias eran poder volar.

Cuando mi dueño se convenció de mis escasas condiciones para el hipódromo, decidió deshacerse de mí.

Mis ojos se iluminaron cuando el capitán de Ejército don Gaspar Lueje me observó y pidió que me ensillasen. Un asistente me hizo trotar, luego correr, detenerme, girar y practicar curiosos ejercicios. Algo me hizo intuir que se estaba decidiendo mi futuro.

– No está mal. Con esas patas, algo cortas para correr, pero firmes como pequeños robles, es posible que salga un buen caballo de saltos.

Me adquirió el Ejército de Chile y así comenzó “mi carrera militar”. Junto con cambiar mi vida, también cambiaron mi nombre y me rebautizaron *Huaso*. Me sentí muy a gusto, porque mi nuevo nombre me hacía sentir más chileno y lo hubiese acogido con agrado de haber podido elegir.

No fue fácil, sin embargo, mi nueva etapa. Para correr no tenía problemas y podía picar rápido, alcanzando buena velocidad en corto trecho, pero enfrentar los obstáculos de salto era un nuevo y difícil desafío.

El asistente comenzó llevándome al trote a su lado, con las riendas tomadas y, al acercarnos al obstáculo, disminuía el paso, para detenernos antes, a fin de que yo no le tomase miedo. Me paseaba luego alrededor del montículo y volvía a repetir la rutina.

Hasta que llegó el día en que, montado, se me hizo correr y saltar una valla a baja altura.

El capitán Lueje no ocultó una sonrisa y esa noche dormí con la satisfacción de haber cumplido.

Al poco tiempo, sin embargo, todos fueron cayendo en la más profunda decepción cuando, después de pasar airoosamente las primeras vallas, reiterada e inevitablemente, en los obstáculos más difíciles rehuía el salto, deteniéndome en vez de picar y retrocediendo, pese a los esfuerzos del jinete.

Nadie comprendía que no era miedo ni falta de capacidad. Sencillamente me negaba a intentar los saltos para los que aún no me consideraba preparado. El fracaso no estaba en mis convicciones. Sin embargo, en vez de reforzar mi preparación, que hubiese sido lo justo, se me consideró un caballo mañoso, con un defecto difícil de corregir, que terminó con la paciencia de mis adiestradores.

Pero lo peor estaba por ocurrir. Un día, retrocediendo, en forzado empeño contra mi jinete, nos desviamos hasta que una punta de fierro saliente de un camión se enterró en mi anca, haciéndome cojear y caer al suelo, sangrando. El oficial se levantó muy molesto, pero al advertir la magnitud de la hemorragia, se apiadó de mí y ordenó que se le trajese un revólver para sacrificarme.

Afortunadamente, con el asistente, acudió al veterinario, quien me examinó y se negó al sacrificio afirmando que sería capaz de sanarme, aunque muy difícilmente podría volver a adiestrarse.

Fueron los meses más tristes de mi vida, aliviados sólo por la dedicación y cariño del veterinario y de mi cuidador, pensando en que seguramente mis ambiciones terminarían en labores de tiro o paseo.

Mi carrera de militar activo estaba llegando a su fin.

Cuando, recuperado, pude comenzar a trotar y correr, se me sentenció a ser excluido de la Prueba de Adiestramiento, para la que se me había estado preparando. Las limitaciones derivadas de la lesión me alejaban de la perfección física exigida para esas competencias.

Mi buena estrella, aquel símbolo que me presagiaba un destino triunfador, hizo, sin embargo, que pudiese volver a saltar obstáculos, aunque sólo se me consideraba para el adiestramiento de novatos.

Todo cambió un día en que dos corceles se encabritaron y otros dos salimos desbocados. En mi carrera enfrenté un muro de casi dos metros de alto...y lo salté. Caí a otro patio, donde cesé de correr y continué disminuyendo el trote, en semicírculos, aprontándome a una severa sanción de indisciplina.

Aparecieron un oficial y dos ayudantes, que acudieron presurosos. Ahora sí que me dan de baja, pensé.

Pero, una vez más, la blanca estrella estampada en mi frente acudió en mi ayuda.

Los hombres se acercaron a mí, contribuyeron a calmarme y me acariciaron con admiración. Me llevaron de vuelta al jardín y llamaron a los demás oficiales.

– ¡Hubiesen visto ustedes cómo pasó sobre el muro! –alcancé a oír en sus comentarios.

Ese salto significó el comienzo de mi carrera hasta una meta muy lejana a lo imaginable. Para llegar hasta allí, sin embargo, tuve que transitar un largo camino.

Durante meses, a mí y a *Chileno*, otro caballo de salto con quien éramos tan rivales como amigos, se nos adiestró, pacientemente, para la gran prueba. Uno de nosotros, o ambos, a comienzos de año, deberíamos intentar batir el récord mundial de salto alto a caballo, que lucía, desde 1938, el italiano Antonio Gutierre y su cabalgadura *Ossopo*.

Chileno se preparó con don Luis Riquelme. Don Alberto Larraguibel Morales estaba a cargo mío. Ambos bajo la sabia y convincente dirección del maestro, mayor Rafael Monti.

Cuando don Alberto me vio por primera vez no se entusiasmó de inmediato. A medida que me fue conociendo supo de mi tesón y percibió que yo estaba destinado a triunfar, porque, con constancia y disciplina, no me detendría ante ningún obstáculo.

Se nos hizo un programa especial de alimentación, para fortalecernos y cuidar el peso. Se nos revisaba a diario por el veterinario o su ayudante, se nos hacía saltar para robustecer los músculos y don Alberto me acompañaba a diario, conversándome frases de pocas palabras, pero amistosas, para darme confianza.

Don Alberto había nacido en el sur, en Angol, tierras de hombres íntegros, fuertes y de a caballo. Tenía treinta años, catorce más que yo, pero parecía que nos hubiésemos criado juntos. Cuando sentía sus talones en mis costados afinaba cada uno de mis reflejos. Cuando tomaba las riendas sentía el firme y sutil poder de sus manos. Cuando me hablaba sentía su apoyo y cuando cabalgábamos éramos uno solo.

El 5 de febrero de 1949 llegó cuando yo había cumplido 16 años y era un avanzado caballo de saltos. Esa fecha se la había escuchado a don Alberto muchas veces.

– Verás, *Huaso*, que el 5 de febrero alcanzaremos la gloria.

La noche estaba fresca, con la brisa marina dominando

el campo de saltos del Regimiento Coraceros, en Viña del Mar, colmado de público.

El Concurso Hípico Internacional siempre atraía a una numerosa concurrencia, pero esta vez la asistencia rebasaba las cinco mil personas.

Don Alberto se acercó a mí y me dijo:

– Ven, *Huaso*, te voy a presentar a la gente.

Al entrar al jardín se oyó un impresionante murmullo de entusiasmo.

– Tranquilo... –me dijo don Alberto–, no te asustes.

Continuamos la marcha por el borde del recinto, acercándonos a la valla del gran salto.

– ¿Ves? Esto es lo que debemos saltar.

Yo caminaba con paso ágil y agitaba mi cabeza de arriba abajo, dándole a entender que confiase en mí, que tenía claro lo que debía hacer.

Al regresar, para que don Alberto viese que estaba tranquilo esperando el ansiado momento, me aproximé, con naturalidad, a mordisquear unas matas de cardenales que adornaban el jardín. Mi jinete sonrió y me permitió la travesura.

Volvimos a hacer el mismo recorrido dos o tres veces. Siempre llegando hasta la valla, cuya altura era superior a la de don Alberto montado y frente a la cual era necesario alzar la cabeza para ver las estrellas.

Yo sólo quería que saltásemos pronto.

Hasta que don Alberto se acercó, acariciándome, para decirme:

– *Huaso*, ésta es nuestra oportunidad para alcanzar la gloria. –Comprendí que había llegado la hora.

Nos paramos a la distancia prevista. La altura del primer salto sería de dos metros.

Recibí la orden, corrimos y superamos la valla sin dificultad, ante el regocijo de los presentes.

Vino el segundo salto, con la valla a dos metros y treinta centímetros. Tampoco tuvimos problema alguno.

El júbilo se apagó, con la tensión y el silencio del ambiente, para el gran desafío. Las gaviotas de la playa cercana se mantuvieron inmóviles.

Don Luis Riquelme y *Chileno* no lograron sobrepasar los 2,40 metros, en sus tres intentos.

Nosotros habíamos igualado el récord mundial vigente de 2,44 metros.

Los dos metros cuarenta y siete centímetros, exigidos para superar la marca que Antonio Gutierre mantenía desde hacía 11 años, se veían inalcanzables en la enorme estructura de madera que interrumpía la vista.

Muchos deben haber pensado que nos estrellaríamos contra ese muro de altura interminable.

Don Alberto me dijo:

– Ahora, *Huaso*. ¡Vamos, prepárate!

Como un eco, oí la voz de su asistente:

– ¡Vamos, huachito!

En silencio, la noche observaba expectante nuestros movimientos. Sólo se oía mi respiración agitada, resoplando el vapor de mis pulmones, disperso en la fresca brisa marina.

Sentí la tensión de las riendas y de inmediato el toque de los talones en mis costados.

– ¡Vamos, *Huaso*!... ¡Salta!

Obedecí la orden y corrí hacia la altura de madera. Don Alberto calculó que no llegaríamos al lugar exacto para el impulso y me detuvo, haciéndome desistir, como se frena a una locomotora desbocada.

La primera oportunidad, de sólo tres, se había desperdiciado, con el desencanto de todos los presentes.

No hubo pausa. Sólo deseábamos volver a intentarlo. Tampoco hubo palabras ni fueron necesarias. Don Alberto me llevó nuevamente hasta la partida, esperó el momento oportuno y me repitió la orden. Corrí con la firme decisión de superar al coloso imponente y, ahora sí, nos elevamos hacia las nubes. Pasamos la valla, pero alcancé a rozarla, haciendo caer las varas superiores y junto a ellas cayó la ilusión de los asistentes que ahogaron el grito de felicidad.

Don Alberto y yo, en cambio, volvimos confiados al sitio de partida.

– ¿Viste, *Huaso*?..., ¿ves que podemos pasarla?... ¡Esta vez lo vamos a lograr!

Agité mi cabeza, respirando profundo, sin poder contener mis ansias de saltar sobre el gigante.

Don Alberto debió esperar a que yo contuviese mis ansias y me concentrara. Sólo nos quedaba la última oportunidad permitida por el reglamento.

El tercer intento no fue un salto. Fue un vuelo hacia el firmamento que la estrella de mi frente me tenía reservado

desde que nació. Piqué justo en el lugar escogido, los músculos de mis patas y de mi cintura respondieron con la fuerza de quien tiene la convicción de poder superar cualquier valla y desafío.

Nos fuimos elevando en un solo cuerpo, ascendiendo cada centímetro imposible, ignorando la fuerza de gravedad, en un salto de fantasía sin límites, que escalaba en el espacio y nos transportaba cada vez más alto, más alto, más alto, más allá de lo alcanzable, más allá de una realidad que, pasmada de asombro, nos miraba desde muy abajo.

Las nubes observaron el descenso como si cayésemos desde la cumbre de una montaña. Mis patas volvieron a tocar el césped y se encogieron, elásticas, para conservar el equilibrio y la monta de don Alberto. Las voces de seis mil personas, incluida la del Presidente de la República, don Gabriel González Videla, se multiplicaron en un estruendo majestuoso para transmitir al mundo un formidable grito de triunfo.

Don Alberto contaría más tarde que recordaba nuestro salto como “un accionar mágico de elasticidad, potencia, decisión y armonía para volar sobre el obstáculo”, y “que sus ojos estaban a cuatro metros del piso cuando sintió que caíamos en picada”.

En rigor, sobrepasamos los dos metros cuarenta y siete, porque no cruzamos la mitad de la valla, que siempre se curva al centro y donde se hizo la medición oficial, sino por la esquina derecha, cuya altura era superior a los dos metros cincuenta.

– ¿Sabes, *Huaso*? –me diría después don Alberto–, nuestro récord sólo será batido el día que otra pareja, como nosotros, logre la perfecta armonía de caballo y jinete, de equilibrio y velocidad, y que ambos estén dispuestos a lanzar sus corazones por encima del obstáculo para irlo a buscar al otro lado.

Yo morí el 25 de agosto de 1961, a los treinta años de edad. Me enterraron en la Escuela de Caballería Blindada de Quillota, con honores militares. En la ceremonia don Alberto me despidió, diciendo:

“Ya estarás galopando por esos campos azules, donde van los nobles compañeros de nuestros recuerdos”.

Don Alberto murió el 12 de abril de 1995, a los 75 años. Todos los días viene a saludarme. Me acaricia largamente el cuello, me da unas palmadas en el anca, se despide con un guiño de ojo y se marcha hasta el día siguiente. Siempre fue de pocas palabras.

Viña del Mar, 1999, a cincuenta años del Gran Salto, cuyo récord, hasta la fecha, sigue vigente.